





# ¡¡¡UN ADELANTO MAS!!

## NUEVAS MAQUINAS PARA COSER LANZADERA OSCILANTE

### PARA FAMILIAS E INDUSTRIALES

Hasta ahora es la mejor maquina que se ofrece

## ¡¡¡AL PUBLICO!!!

### VENTAJAS DE ELLA.

SU TENSION, mas perfecta.

SU AGUJA, es mas corta y facil colocarla.

SU PUNTADA, es mas ajustada que por minuto da 1300.

SU MECANISMO, es sumamente sencillo y menos complicado.

FACILIDAD EN LA COMPRA, ESTUDIO Y TRABAJO

Se adquieren por

## 10 REALES SEMANALES

Con garantía ilimitada, enseñanza y reclamaciones gratis á domicilio de los compradores únicamente en

# LA COMPANIA FABRIL SINGER

Escolta 9--Manila.

Iloilo--Calle Real.

verdaderamente. Uno de los compañeros de Vd., señor, es, tengo entendido, un "gentleman" que ha escrito algunos poemas de gran belleza.

—Mi compañero mister Snodgrass, literato de gusto exquisito, sobre todo para la poesía.

—Como la señora de Cazaleones, señor.

Adora, la poesía, señor; se vuelve loca. Puede decirse que toda su alma y todo su espíritu están saturados de poesía. También ha producido algunas composiciones poéticas, señor. Quizás haya Vd. leído su oda "A una rana espirante."

—No señor.

—Pues es raro. Produjo sensación inmensa. La primera vez apareció en el "Almacén de Señoras" y estaba firmada con una C y nueve estrellas. Comenzaba así:

"¿Puedo verte ensangrentada y jadeante, sin suspirar?—¿Puedo encontrarte moribunda sobre una roca, espirante,—sin llorar?"

—¡Eucantador!—exclamó Mr. Pickwick.

—Bellísimo—dijo el hombre grave.—¿Qué sencillez! ¿Qué expresión!

—Sublime.

—La estrofa siguiente es más hermosa aún. ¿Quiere Vd. que se le recite?

—Sí, me hace Vd. el obsequio.

—Allá vá,—continuó el hombre grave con tono más grave todavía:

"Dime si los demonios con su voz chillona, en figura de pilluelos—lejos de la charca te han lanzado errante,—como perros, rana espirante."

—Lindamente expresado—dijo Mr. Pickwick.

—Es un diamante, señor. Pero ya oír

Vd. á la señora de Cazaleones recitar esta oda. Solo "ella" puede darle expresión y color propios. Mañana, señor, la recitará en traje propio.

—¡En traje propio!

—En figura de Minerva.... verdad, que me olvidaba.... es un almuerzo de trajes.

—¡Ehl pero.... johl pero—exclamó mister Pickwick echando una ojeada sobre su persona.—¿Yo no puedo trasfigurarme!

—¿Por qué no, señor? ¿Por qué no? Salomon Lucas, el judío, en la calle Mayor tiene más de mil trajes de fantasía. Vea Vd., señor, cuántos caracteres convenientes puede Vd. escoger; Platon, Zenon, Epicuro, Pitágoras, todos fundadores de clubs y escuelas, como Vd.

—Lo sé; pero como no puedo comprarme á aquellos grandes hombres, no puedo permitirme el llevar su traje.

El hombre grave meditó profundamente algunos minutos, y dijo enseguida:

—Reflexionando bien, señor, yo no sé si la de Cazaleones no quería precisamente presentar á sus huéspedes una persona de tanta celebridad como Vd., en el traje que le es habitual mejor que con un disfraz extraño. Bajo mi responsabilidad creo poder prometer á usted en nombre de la señora de Cazaleones que ella hará una excepción en favor de usted. Si, señor, creo poder permitirme esta promesa.

—En ese caso—respondió Mr. Pickwick—tendré mucho gusto en aceptar su invitación.

—Pero estoy robándole á Vd. el tiempo, señor,—dijo súbitamente el hombre grave con acento de convicción profunda.—Conozco, señor, el valor del tiempo, sobre todo para Vd.,

—Lo repito.

—E impertinente.

—Es verdad.

Hubo un momento de silencio espantoso.

—Mi devoción á su persona de Vd., señor—replicó mister Tupman hablando con voz temblorosa de emoción y levantando al mismo tiempo los brazos,—mi devoción á su persona de usted es grande, muy grande; pero es preciso que yo tome de esa misma persona venganza ejemplar y sumaria.

—Atrévase Vd., señor,—replicó mister Pickwick.

Estimulado por la naturaleza excitante de este diálogo, el hombre inmortal tomó inmediatamente una actitud de parálisis, persuadido sin duda alguna, como lo supusieron los testigos de aquella escena, que aquella era posición defensiva.

Felizmente mister Snodgrass se precipitó entre los dos combatientes con inminente peligro de recibir en los temporales un pufetazo de cada uno.

—¡Cómo!—exclamó recobrando de repente el don de la palabra que el exceso del espanto le había sofocado hasta aquel momento.—¡Cómo! mister Pickwick, Vd., sobre quien están fijos los ojos del universo entero; mister Tupman, Vd., el iluminado como todos nosotros por los resplandores divinos de su nombre! ¿Qué vergüenza, señores! ¡qué vergüenza!

Lo mismo que las huellas en el plomo ceden á la dulce presión de la mano, lo mismo las arrugas impresas por la cólera pasajera en la frente lisa y espaciosa de mister Pickwick, se borrarán gradualmente durante el discurso de

### CAPITULO XV.

En el cual se encuentra un retrato fiel de dos personas distinguidas, y una descripción exacta de un gran almuerzo, que se verificó en la casa.—En el referido almuerzo nos encontraremos con un antiguo conocido y en el comienzo de otro capítulo.

La conciencia de Mr. Pickwick le reprochaba de haberse olvidado de sus amigos del "Pavo de Plata," y en la mañana del tercer día siguiente á la elección iba á salir á visitarles, cuando su fidelísimo criado puso en sus manos una tarjeta que decía en letras góticas:

SEÑORA DE CAZALEONES.

LA CAVERNA.

Eatanswill.

—Esta persona espeta—dijo Sam.

trovador, se colocó detrás del coche de mister Pott; el cual carruaje se había detenido á la puerta de mister Pott; abrióse aquella puerta, y entre los gritos de la multitud apareció el gran periodista, engalanado como un oficial de justicia ruso, y teniendo en la mano un terrible knout (átigo), símbolo elegante del espantoso poder que poseía la "Gaceta de Eatanswill" y de las flagelaciones horribles que propinaba á los políticos que incurrieran en su desagrado.

—¡Bravo!—exclamaron mister Tupman y mister Snodgrass, al ver aquella alegoría andando.

—¡Bravo!—repitió la voz de mister Pickwick.

—¡Ahl ¡ohl ¡ehl ¡mister Pott! ¡ohl ¡ehl ¡ehl ¡mister Pott!—aulló la multitud.

Mientras el pueblo saludaba así, el editor montaba en el carruaje, corriendo con una especie de dignidad graciosa, que era suficiente testimonio de que conocía su poder y sabía ejercerlo.

Después de él se vio salir de la casa á mistress Pott, que se hubiera parecido mucho á Apolo, si no hubiera tenido faldas. La acompañaba mister Winkle, el cual, con trajecillo rojo, necesariamente se habría hecho pasar por un cazador, si no resultase más semejante á un factor de Londres.

Por último, apareció mister Pickwick, y fué aplaudido por los pilluelos tan calurosamente como los demás, probablemente porque los pantalones y los botines que llevaba tenían el aspecto de prendas de la antigüedad.

Los dos coches se dirigieron juntos á la

morada de la señora de Cazaleones: en el carruaje de mister Pickwick iba también en el pescante Sam Weller, para ayudar en el servicio.

Todos los individuos, hombres y mujeres, muchachos y muchachas, jóvenes y viejos, que se habían reunido para ver á nuestros amigos con sus trajes, se pasmaron de delicia cuando vieron á mister Pickwick dando el brazo de un lado al bandido, y del otro al trovador; pero cuando mister Tupman, para hacer su entrada en carácter, se esforzó por colocarse en la cabeza el sombrero puntiagudo, se levantaron tales y tantos gritos tumultuosos, como jamás se habían oído antes en ocasión alguna.

Los inmensos y suntuosos preparativos de la fiesta justificaban completamente las proféticas alabanzas de Pott, de que "sobrepasaría las maravillosas fábulas de Las mil y una noches" y por lo tanto contradecían á la vez las insinuaciones pérfidas del venenoso "Independiente."

El jardín, que era estensísimo, estaba lleno de gente. Jamás habíase visto tal conjunto de belleza, de elegancia y de talento. La joven lady "encargada" de la sección poética en la "Gaceta de Eatanswill," se había vestido, ó mejor dicho desnudado, hasta quedar en traje de Ojalisco. Se apoyaba en el brazo del joven que "hacía" la crítica y que llevaba con bastante soltura un uniforme de "feld-mariscal" del imperio, menos las botas.

Había un verdadero ejército de géneos del mismo empuje, y el más exigente, con tal de ser razonable, hubiera considerado suficiente el honor de encontrarse allí con ellos; pero

mó con frivolidad la señora de Cazaleones dando con el abanico en el brazo del editor. (¡Minerva con abanico!)

—Ciertamente, mi querida señora de Cazaleones—añadió mister Pott que era el crítico respetable de la Caverna—Vd. sabe que el año último, cuando su retrato estaba en la Exposición, todo el mundo preguntaba si era el de Vd. ó el de la más joven de sus hijas, pues se parecen Vds. tanto, que no hay la menor diferencia.

—Bien, y aunque sea así, ¿qué necesidad tiene Vd. de repetir delante de los extraños?—replicó Minerva dando otro abanico al león dormido de la "Gaceta de Eatanswill."

—¡Conde! ¡Conde!—gritó de pronto la señora de Cazaleones á un individuo que pasaba al alcance de su voz, y que vestía uniforme extranjero, y se atusaba enormes bigotazos.

—¡Ahl—exclamó el conde volviéndose.—Quiero presentar recíprocamente á dos hombres muy espirituales. Mister Pickwick, tengo el gusto de presentar á Vd. al conde de Smortork.

Y la señora de Cazaleones añadió al oído del filósofo:

—El famoso extranjero que ha venido á recoger materiales para su obra sobre loglaterra, ya sabe Vd., el conde de Smortork, mister Pickwick.

Mister Pickwick saludó al conde con toda la reverencia debida á tan gran hombre.

—¿Como ha dicho Vd., señora "Gazones?"—preguntó el conde sonriendo graciosamente.

—Mister Pigwig, ¿eh? ó Bigwig.... un... abe...

su joven amigo. Este hablaba todavía, y ya la cara del filósofo había recobrado su expresión habitual de bondad.

—¡He sido muy vivo!—dijo mister Pickwick—demasiado vivo. Tupman, déme usted la mano.

Una nube sombría que cubría el rostro de mister Tupman, se dissipó á estas palabras, y estrechó calurosamente la mano de su amigo, respondiendo:

—También yo he sido demasiado vivo.

—No, no—replicó precipitadamente mister Pickwick—soy yo el equivocado: Póngase usted la técnica de veludillo verde.

—¿De ningún modo! ¡De ningún modo!

—Póngase, se lo suplico, póngase....

—Bueno, bien, me la pondré.

Resolvióse, en consecuencia, que mister Tupman, mister Winkle y mister Snodgrass llevarán trajes de fantasía, y de este modo, mister Pickwick vino á parar por el calor de sus sentimientos a probar una conducta que su excelente juicio había rechazado. No podía presentarse otra prueba más palpable, de su carácter amable, aunque los acontecimientos narrados en esta obra fueran enteramente producto de la imaginación.

El Sr. de Cazaleones no había exagerado los recursos del Sr. Salomon Lucas. Sus trajes eran numerosos, infinitos, aunque no estrictamente clásicos, quizás tampoco enteramente nuevos, ni representando precisamente las modas de ninguna edad ni de ningún país; pero todos estaban, cuál más, cuál menos, bordados con lentejuelas, y nada hay en el mundo de más bonito que un traje bordado con

# EL ARNÉS

## FABRICA DE MONTURAS Y GUARNICIONES

DE  
**V. JIMENO**

PROVEEDOR DEL REAL PALACIO DE MALACAÑANG

Recibimos mensualmente grandes surtidos en artículos, los cuales son de las principales fábricas de España, Inglaterra, Francia y Norte de América, en:

Guarniciones limonera y tronco á la española é inglesa, á la Dumont, Tander y Violin.  
Monturas de señora en veludillo bordado, gamusa, pieles chanco y de cerdo.  
Idem de caballeros; á la española, inglesa, rollos, royal, carreras, y con asiento de suspension con cojinete ventilado y movable, en pieles de chanco, ante y cerdo lejitimo.  
Idem con todo el equipo reglamentario para los Sres. Jefes y oficiales del ejército.  
Grande y variado surtido en cabezadas de montar, españolas é inglesas, bocados jerezanos, estribos baqueros, serretas de montar y picadero, faroles carruaje, látigos de idem, montar, perreros y caza, cejaderos de cadena y cuero, falsos collares charol, sudaderos fieltro, collares, y bozales para perro, bocados de tiro y montar, estribos, petrales, martingalas, baticolas, acciones de estribo, cinchas, riendas estambre de montar y tiro en varios colores, cabezadas cuadra, bolsas para monturas propias para provincias, espuelas baqueras é inglesas, impermeables, corta pelos ó máquinas para esquilan, cinturones, maletas y sacos de viaje, porta-mantas, sombrereras cuero, polaynas, cepillos almohizas, escobas para coches é infinidad de artículos pertenecientes al ramo los que se detallan á precios sin competencia en plaza.  
En los talleres de la casa se construyen toda clase de encargos, con prontitud y esmero bajo la direccion de persona competente.  
Grandes surtidos en artículos del país con cueros adobados en el establecimiento.

CARRIEDO 10.

EXPOSICION BARCELONA --- 1888 --- GRAN MEDALLA DE ORO (UNICA)

# RON BACARDI

En competencia de las 17 marcas que se presentaron Extranjeras.

Unicos y exclusivos receptores en Filipinas J. CODINA Y C.a, venden al por mayor á \$8-50 cajas (con 5 al 10 por 100 descuento, segun pedidos) al por menor y por cajas en los Almacenes "Los Dos Hermanos", "Villa de Burdeos", "Ciudad de Palencia", "La Castellana" (Escolta y San Fernando), "El Progreso" y demás de alguna importancia.

—¿Pero soy yo por quién preguntó?  
—Usted personalmente y sin sustitucion posible, como dice el secretario particular del diablo cuando acaba de acompañar al doctor Fausto. Usted, con toda seguridad, es por quién él pregunta.  
—¿Eh, ¿de modo que es un caballero?  
—Si no es un caballero, es una imitacion muy acabada.  
—Pero la tarjeta es de una señora.  
—A pesar de eso; yo la he recibido de un caballero. Espera en el salon y dice que esperará hasta mañana, antes de marcharse sin verle.  
Después de oír esta resolucion, Mr. Pickwick bajó al salon. Un hombre grave estaba sentado allí. Al ver entrar á nuestro filósofo se levantó rápidamente, y dijo con tono de profundo respeto:  
—¿Mister Pickwick?  
—Servidor de usted caballero.  
—Permitame usted, señor, el honor de estrechar su mano. Permitame usted que se la apriete.  
—Con mucho gusto—respondió Mister Pickwick.  
El forastero sacudió la mano que le ofrecía, y continuó de este modo:  
—Señor, la fama nos ha hablado de Vd. como de un sábio anticuario. El eco de admiracion que han producido sus descubrimientos de usted, han llegado á oídos de la señora de Cazaleones, mi mujer, caballero, pues yo soy el señor de Cazaleones.  
Aquí se detuvo el hombre grande, como si creyera que Mr. Pickwick debiera estar aturdi-

do por esta revelacion; pero viendo que el filósofo continuaba completamente tranquilo, prosiguió en estos términos:  
—Mi mujer, señor, mistress Cazaleones, tiene á orgullo el contar entre sus conocimientos á todos los hombres ilustres por sus obras y por sus talentos. Permitame Vd., caballero, que coloque en esta lista el nombre de Mr. Pickwick y el de sus colegas del Club que ha fundado.  
—Me alegraré mucho, señor, de ser amigo de una señora tan distinguida.  
—Lo será Vd., señor. Mañana damos un gran almuerzo, una fiesta campestre á un considerable número de personas que se han hecho célebres por sus obras y por sus talentos. Conceda Vd. á la señora de Cazaleones la satisfaccion de verle por la Caverna.  
—Con mucho gusto.  
—La señora de Cazaleones dá muchos almuerzos de estos, señor; "Fear't ob reason, fiew of soul (galas de la razon, efluvios del alma," cita de un poeta que se burla de las reuniones en que no hay nada de beber ni de comer) como observa con un sentimiento lleno de originalidad un poeta que ha dirigido un soneto á la señora de Cazaleones, sobre los almuerzos que dá.  
—¿Era célebre por sus obras y por sus talentos?—preguntó Mr. Pickwick.  
—Ciertamente, señor. Lo son todos los amigos de la señora de Cazaleones; es su ambicion nobilísima, señor, no tener otros amigos.  
—Verdaderamente es muy noble ambicion.  
—Cuando yo diga á la señora de Cazaleones, que esa observacion ha salido de sus propios labios de Vd., señor, se alegrará mucho,

ne—no tiene Vd. intencion, Sr. Tupman, de llevar una túnica de veludillo verde con cenefas de dos dedos de ancho?  
—Esa es mi intencion, señor—respondió con calor Mr. Tupman—¿y por qué nó, si me hace usted el favor?  
—¿Por qué?—dijo Mr. Pickwick considerablemente excitado—¿porque es Vd. demasiado viejo, señor!  
—¿Demasiado viejo!—exclamó Mr. Tupman.—Y si es preciso otra razon, ¿porque es usted demasiado gordo, señor!...  
El rostro de Mr. Tupman se arrebató de ira.  
—¿Caballero!—exclamó—¡eso es un insulto!  
—¿Caballero!—replicó Mr. Pickwick en el mismo tono—si se presenta Vd. á mí con una túnica de veludillo verde y con cenefas de dos dedos de ancho, me inferirá Vd. un insulto mucho más grave.  
—¿Señor, es Vd. un impertinente!  
—Señor, Vd. es otro impertinente.  
Mister Tupman dió un paso ó dos hácia mister Pickwick, y le lanzó una mirada de desafio. Mister Pickwick le pagó con otra mirada semejante, concentrada en foco destructor por medio de sus lentes. Mister Snodgrass y mister Winkle quedaron inmóviles, petrificados de ver semejante escena entre tales hombres.  
Después de una corta pausa, mister Tupman añadió con tono más bajo, más profundamente acentuado:  
—¿Me ha llamado Vd. viejo!  
—Sí.  
—Y gordo.

y no quiero molestarle más.  
—Diré, pues, á la señora de Cazaleones que le espere confiadamente, así como á sus ilustres amigos y compañeros de Vd. Adios, señor. Tanto gusto en haber conocido á una persona tan eminente. Ni un paso, señor, ni una palabra.  
Y sin dar á Mr. Pickwick tiempo de responderle el señor de Cazaleones se alejó gravemente.  
El filósofo tomó el sombrero y se fué al "Pavo de Plata." Mr. Winkle había hablado allí ya del baile de trajes.  
—Mistress Pott, ¡váy!—fueron las primeras palabras con que saludó á su maestro.  
—¿Ah, ah!—exclamó Mr. Pickwick.  
—En traje de Apolo. Solo que Pott no quiere que lleve túnica.  
—¿Tiene razon, razon perfecta!—dijo el sábio con énfasis.  
—Sí, pero llevará una falda de satin blanco con lentejuelas de oro.  
—¿Y no le costará trabajo conocerse á sí misma?—preguntó Mr. Snodgrass.  
—¿Por su supuesto!—respondió Mr. Winkle con indignacion.—¿Es que no se le verá la lira?  
—Es verdad; no me acordaba de la lira.  
—Mi traje sí que es bueno—dijo Mr. Tupman—¡iré de bandido.  
—¿Cómo!—exclamó Mr. Pickwick sobresaltado.  
—De bandido—repitió Mr. Tupman con dulzura.  
—¿Usted no intenta—replicó Mr. Pickwick examinando á su amigo con severidad solem-

entajuelas.  
Puede objetarse que aquellos trajes no hacían efecto á la luz del sol; pero todo el mundo sabe que brillarían á la luz artificial, y cuando se quiere dar bailes durante el día, si los trajes no brillan como hubieran brillado á la luz de las bujías, la culpa no es de las lentejuelas; pertenece por completo á las gentes que dan bailes por la mañana. Tales fueron los razonamientos convincentes del señor Salomón Lucas; y bajo su influencia, Mister Tupman, Winkle y Snodgrass se obligaron á llevar los trajes que su gusto y su experiencia le recomendaba como admirablemente apropiados á la ocasion.  
Los pickwickianos alquilaron en el hotel un coche; otro coche, procedente del mismo sitio, debía trasportar á mister y mistress Pott á casa de la señora de Cazaleones.  
Como recuerdo delicado de la invitacion que habia recibido, mister Pott habia dicho ya en la "Gaceta de Estannswill" que la Caverna ofreceria un golpe de vista tan variado, como delicioso y encantador; un verdadero foco de bellezas y talentos, un espectáculo conmovedor de hospitalidad abundante y pródiga, y sobre todo, un grado de esplendor altísimo y suavizado por el más exquisito gusto; un lujo embellecido por una perfecta armonía y por el más exquisito buen tono, junto al cual las fabulosas maravillas de *Las mil y una noches*, parecían tan lúgubres y tan sombrías, como debió serlo el espíritu del sér atrabiliario y grosero que se atreviera á manchar con el veneno de la envidia, los preparativos hechos por la ilustre y virtuosa dama, en cuyo altar se ofrece este humilde tributo de admiracion.

Pocas personas, á menos que lo hayan ensayado, saben lo difícil que es saludar con calzones ajustados de veludillo verde, túnica abrochada y sombrero piramidal, ó con un corpiño de satén azul y medias de seda, ó con jarretieras y botas á la rusa; sobre todo cuando todas estas cosas no se han hecho á medida del que las lleva, y se ha vestido sin el menor cuidado de las proporciones entre el traje y el que lo viste. No se puede dar idea de las contorsiones que hacia mister Tupman para aparecer airoso y elegante, ni jamás se han visto posturas tan ingeniosas como las de sus compañeros de infortunio.  
—Mister Pickwick—dijo la señora de Cazaleones—quiero que me prometa Vd. que estará á mi lado todo el día. Hay aquí muchas personas que debo presentar á Vd.  
—Es Vd. muy buena, señora—respondió mister Pickwick.  
—En primer lugar, aquí tiene Vd. á mis hijas; ya me habia olvidado de ellas—dijo Minerva mostrando con negligencia á dos muchachas perfectamente desarrolladas, que podian tener de veinte á veintidos años, y que iban vestidas con trajes infantiles.  
¿Era por modestia de las chicas, ó porque apareciera la mamá más joven? Mister Pickwick no nos informa claramente sobre esto.  
—Encantadoras—dijo mister Pickwick, cuando las niñas, después de la presentacion, se retiraron.  
—Señor—replicó mister Pott con cierta majestad—se parecen á su mamá como dos gotas de agua.  
—¿Calle Vd., calle Vd. mal hombre!—exclama-

habia más todavía—habia una media docena de "leones" de Londres—autores reales y verdaderos, que habian escrito libros enteros y los habian hecho imprimir.  
Podia vérselos marchando como hombres cualesquiera, sonriendo, hablando, sí, y aun diciendo necesidades, indudablemente con la benévola intencion de hacerse inteligibles á las gentes vulgares que les rodeaban.  
Habia tambien una banda de músicos con sombreros de carton dorado; cuatro cantantes, "soi disant" italianos, en su traje nacional, y una docena de criados de alquiler, tambien en su traje nacional, traje poco limpio, entre paréntesis. Por último, y destacándose en el cuadro, estaba la señora de Cazaleones, de Minerva, recibiendo á sus convidadas, y rebotando por la cara el orgullo y el placer que sentia viendo reunidos á su alrededor tanto individuo distinguido.  
—Mister Pickwick, señora—dijo un criado, y el ilustre personaje se aproximó á la reina de la fiesta, conservando de sus brazos al bandido y al trovador y con el sombrero en la mano.  
—Mister Pickwick, ¿dónde está?—exclamó la señora de Cazaleones, con la voz emocionada de satisfaccion.  
—Aquí, señora—dijo mister Pickwick con voz dulce.  
—¿Es posible que tenga realmente la satisfaccion de ver á mister Pickwick en persona?  
—En persona, señora—replicó el filósofo saludando muy bajo.—Permitame Vd. que presente á mis amigos mister Tupman, mister Winkle y mister Snodgrass, á la autora ilustre de la "Rana espirante".

Esta última frase era un terrible sarcasmo dirigido contra "El Independiente," que no habia sido invitado á la fiesta y habia intentado en sus cuatro últimos números ponerla en ridiculo, y que habia impreso sus buelbas sobre esto con los caracteres más gruesos, escribiendo, lo que es peor todavía, todos los adjetivos con letras mayúsculas.  
Llegó el día señalado. Era verdaderamente seductor el espectáculo de ver á mister Tupman con traje completo de bandido, con una túnica de tal modo estrecha, que reventaba por la espalda. La parte superior de las piernas se encontraba encerrada en unos calzones de veludillo, y la parte inferior estaba comprimida por los cintajos complicados á que tienen todos los bandidos un cariño tan inconcebible. Era un placer el verle los bigotes retorcidos y el cuello de la camisa abierto, de donde se destacaba un rostro más abierto todavía; era un gusto contemplar el sombrero de picon de azúcar, adornado con cintas de todos colores, y que el bandido se veía obligado á llevar sobre sus rodillas, pues ningun mortal se atrevería á llevar semejante sombrero en la cabeza en un coche cerrado.  
El aspecto de mister Snodgrass era igualmente agradable y alegre; llevaba polainas de satin azul y zapatos de satin y seda; tenia la cabeza cubierta por un casco griego, y como todo el mundo sabe, como lo afirmaba Salomón Lucas, llevaba tambien el traje habitual, auténtico de trovadores desde los tiempos más remotos hasta la época en que desaparecieron para siempre de la superficie de la tierra.  
El carruaje en que iban el bandido y el